

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SOR ELENA STUDLER
SALVADORA DE MILES DE PERSONAS**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

Sor Elena Studler.
La guerra.
La desbandada.
La red de ayuda.
Memoria de sor Elena.
Ayuda alimentaria.
La denuncia.
El motivo del juicio,
El Proceso.
Extracto de la declaración de Sor Elena en el Proceso.
Regreso de sor Elena al hospicio.
Testimonio de Suzanne Tennes.
La Pasadora de la libertad.
Evasiones de Mitterrand y Pelat.
Suzanne Thiam y su familia.
La huida de sor Elena.
Testimonio de Wanda Zahorski.
Sor Elena en zona libre en Lyon.
Los alemanes invaden la zona libre.

CONCLUSIÓN

SOR ELENA STUDLER (1891-1944)¹

La madre de sor Elena murió de cáncer de mama en 1896, cuando ella tenía 5 años. Su padre murió, cuando ella tenía 18 años. Ella puso a trabajar con las religiosas del *Hospital de tres Espigas* como auxiliar de enfermería. Después de dos años, con 20 años, entró al noviciado de las Hijas de la Caridad en París, calle Rue du Bac 140. Después de sus votos, fue enviada a Belletanche, cerca de Metz, para ayudar en la formación de las novicias.

En 1913 fue destinada a Vitry-le-François, donde pasó la guerra de 1914-1918, curando heridos. En 1918, después del armisticio, volvió a Metz donde estuvo 40 años como portera, trabajando a la vez con el grupo de niños y jóvenes del orfanato y con la Cruz Roja. Elena era de carácter vivaz, estaba siempre en actividad y con el rosario en las manos. Todos los habitantes de Metz la conocían. Ella se relacionaba con todos, tanto pobres como ricos.

Vivía en el hospicio de San Nicolás. Para los pobres compraba toneles de vino, harina y otras cosas necesarias. Después le pasaba la factura a su hermano Joseph o al suegro de Joseph. Tenía la concesión de la cosecha de ciruelas amarillas a lo largo de las carreteras de la región de Lorena y recogía las ciruelas con sus huérfanos y las hacía destilar. Por eso siempre tenía reservas de alcohol de ciruela.

LA GUERRA

Cuando llegó la guerra en 1939, una parte de su tierra de Lorena fue abandonada, porque sabían que los alemanes la iban a ocupar, considerándola tierra suya, como lo había sido desde 1870 hasta la primera guerra mundial. Ella recibió de las autoridades francesas el encargo de recuperar todo lo que habían abandonado en los pueblos como muebles y ropas, y lo transportaba a Charentes. También recogía objetos de culto de las iglesias para salvar del robo cálices, copones, custodias, ornamentos, imágenes, etc.

El ejército francés le dio autorización para cruzar la famosa línea Maginot. Estas expediciones para recuperar cosas útiles abandonadas eran peligrosas, porque el frente estaba cerca y, tanto franceses como alemanes, habían colocado minas. Precisamente, un día, yendo con 5 militares en un camión, explotó una mina y destrozó la parte trasera del vehículo. Los alemanes que estaban cerca empezaron a disparar hacia el lugar de la explosión.

¹ Los datos del presente trabajo están tomados del libro de Annick Studler, *Soeur Hélène Studler, 1891-1940-1944. Sa famille, son reseu, son deces*, año 2000.

Llego el invierno, dice el testigo Roger Guerlach: *Fue particularmente riguroso, sobre todo durante el mes de febrero de 1940, La nieve uniformó un paisaje del que emergían de aquí y de allá los pueblos muertos de la línea Maginot. Los árboles estallaban por el hielo. Las carreteras heladas se convirtieron en auténticas pistas de patinaje. Los vehículos de caballos o de motor circulaban con mucha dificultad. Durante esta mala estación, cuando era posible, Sor Elena y las jóvenes de la Cruz Roja se acercaban a las unidades del ejército, aisladas en sus refugios de madera o de hormigón y que, desde hacía seis meses esperaban a un enemigo. Estas visitas, que tenían por objeto la distribución de paquetes, estaban patrocinadas por la Cruz Roja, de la que Sor Elena era “delegada” y recibían recursos, ayuda y financiación. Era una verdadera pequeña fiesta y la presencia sonriente de estas mujeres procuraba a estos hombres unos instantes de alegría y de calor humano de los que se veían privados desde largo tiempo.*

LA DESBANDADA

Después vino el avance fulminante de las tropas alemanas, lo que ocasionó que para evitar a los alemanes, los caminos se llenaron de refugiados en unión con miles de soldados en desbandada. A Metz los alemanes llevaron 25.000 prisioneros y no habían previsto dónde albergarlos, curarlos, alimentarlos... Sor Elena se puso en acción y se pasaba día y noche, cuidando a los enfermos o heridos y procurando alimentos para ellos. Los alemanes dieron orden de no socorrer a los prisioneros, pero ella decidió hacerlo sin importarle esas prohibiciones, que iban contra la caridad y el amor al prójimo.

El 14 de julio de 1940, fiesta nacional de Francia, le dio a cada oficial francés prisionero una botella de vino. Cuando colocaron los campos de prisioneros a 50 kilómetros de Metz, ella iba con un camión de la Cruz Roja, sobornando a los guardias con licor de ciruela, para poder dar a los presos ayuda alimenticia y otras cosas necesarias.

LA RED DE AYUDA

Algo muy importante fue el haber organizado una red para recoger a los prisioneros evadidos, esconderlos y hacerles pasar a lugares seguros. Esta red estaba compuesta de religiosos y religiosas, pero también de toda clase de personas civiles: obreros, comerciantes, agricultores, creyentes y no creyentes. Todos eran aceptados, si deseaban colaborar con ardiente patriotismo por la salvación de los prisioneros y de los evadidos.

El centro de esta red era el despacho de sor Elena en el hospicio de San Nicolás de Metz. En un granero tenía un espacio con 12 camas para alojar a los evadidos y, si eran muchos, los llevaba a casas de familias conocidas que colaboraban. A los evadidos se les ayudaba con ropas de civil, pues muchos venían con ropa militar, se les daba alimentos e incluso en la medida de las posibilidades, documentos falsos de identidad, así como su billete de tren y una cantidad de 50 ó 100 euros para el viaje.

MEMORIA DE SOR ELENA

Sor Elena nos dice: *El 17 de junio de 1940, el espectáculo de Metz es terrible: por doquier en las calles, los pobres soldados franceses prisioneros están echados en las aceras, agotados de fatiga, las ropas hechas jirones y los pies ensangrentados. Los alemanes circulan y hacen buena guardia.*

De acuerdo con mis Superiores, me presenté en la Kommandateur y pedí una autorización para organizar los socorros. Un lorenés —ya condecorado con la cruz gamada— me dijo: “Evidentemente hay que socorrer en primer lugar a “nuestros soldados”. Se refería los alemanes. Yo no tuve inconveniente en responderle: “Se olvida usted, Monsieur, que hace un cuarto de hora era usted francés?”. Mi franqueza no le agradó casi. Sin embargo, ante mis instancias, me fue concedida la autorización. Yo me organicé, hice saber mi propósito y entonces el milagro de la caridad francesa, de la caridad lorenense, brotó ampliamente ante mis ojos maravillados. Jamás alabaré suficientemente a esta población de Metz que, del grande al pequeño, del rico al pobre, mostró una generosidad digna de la más grande admiración. El pan, el café, las cajas de salchichas a miles, el vino por toneles, las ropas, todo nos llegaba a cada instante, sin contar los donativos en dinero.

Así pues empecé a socorrer a los prisioneros allí mismo, en las calles, sobre las aceras. Por la tarde arrojaban a tres o cuatro mil en los locales de la prisión civil. Los había por todas partes: en los pasillos, en el patio, etc. Las ametralladoras apuntaron hacia esta pobre tropa. Yo entré en la prisión y pasé la noche del 17 al 18 de junio curando pies de soldados de infantería, artilleros oficiales, soldados. Estuvieron allí tres días, amontonados unos sobre otros, y, evidentemente, a la intemperie de Metz. Después fueron dirigidos a diversos cuarteles de Metz.

Un lugarteniente alemán me preguntó si yo me ocuparía de 30 oficiales franceses. Acepté, los instalé en un local de colonia de vacaciones que teníamos y allí se quedaron seis semanas prisioneros, bajo promesa de palabra de próxima liberación. Fueron enviados a los campos de Alemania.

Tuvo lugar después el paso a Metz de inmensas colonias de prisioneros , de nuevo traídos del interior de Francia y dirigidos hacia Alemania. Todos los días pasaban. Entonces también la caridad del pueblo de Metz fue inventiva y cristiana más allá de lo corriente. Mujeres, chicas y niños se las ingeniaban: con cestos, carretillas, delantales llenos, recipientes diversos, se instalaban a lo largo de los caminos, dando de comer y de beber, distribuyendo ropa y cigarrillos, leche, pan, cerveza, bocadillos. Los guardias alemanes protestan, se enfadan, pinchan a todo este mundo con sus bayonetas. Se retrocede un poco protestando, pero se continúa la piadosa marcha.

Al cabo de ocho días, estos señores pusieron el pretexto de desórdenes e hicieron fijar por toda la villa carteles con la prohibición absoluta de avituallar a las columnas. Yo fui enviada a la Kommandantur para ver de recoger mi autorización. El lorenés que me informó de la decisión, no dejó de advertirme que me exponía a severas penas si continuaba. Ante mi gran asombro, me cogió la mano y me dijo, los ojos llenos de lágrimas: “Gracias, Hermana, mi hijo está prisionero y se verá feliz con un trozo de pan que usted le podrá dar”.

La población no podía hacer más por sí misma, los donativos afluían con la variedad y la generosidad asombrosa que hemos dicho. Aquí comienza para mí un nuevo tipo de trabajo: el avituallamiento de los campos de prisioneros que se van instalando, poco a poco, en Metz y sus alrededores. De día y de noche, con dos camiones, circulo en los campos de Saint-Julien, cuarteles, Lize, Frescaty, etc., que agrupan quizá a unos 50.000 hombres. Los camiones van llenos de pan, de legumbres, de ropas, chocolate, tabaco. Sucede a veces que por las calles, los habitantes de Metz me paran para descargar en los camiones sus capazos, sacos, carretillas. ¿Cómo pude yo procurarme todo esto?. Para el pan yo había recuperado una enorme cantidad de harina en la intendencia en el momento de la desbandada. Además, los labradores, los molineros, nos aportaban —siempre de forma espontánea—, harina y grano. Sin parar, cuatro panaderos cocían el pan en nuestra villa.

Tan pronto como —a comienzos de julio— fueron anunciadas las expulsiones civiles, comenzó a continuación a haber muchos expulsados, y los que se lo temían nos llevaban sus reservas de aprovisionamiento y su dinero para los prisioneros. Recordemos que los expulsados no podían llevar más que una pequeña cantidad.

Para tabaco yo disponía de muchos fardos recuperados en la Manufactura de Tabaco y transportados hasta nuestro centro cuando la desbandada. Fueron unos cien mil paquetes o más.

Se declaró la disentería en el cuartel 402, yo fui autorizada para cuidar a los enfermos en la enfermería. Hacíamos entonces cada día la distribución de cientos de litros de tisanas con alcohol, de productos farmacéuticos, siempre cedidos gratuitamente por los proveedores de Metz. Cocíamos de día y de noche grandes calderadas de sopa de legumbres y hacíamos enormes tartas de arroz.

Luego, desde comienzos de agosto hasta septiembre, tuvo lugar el traslado a campos exteriores: Dieuze, Morhange, Fort de Verny, Sarrebourg, Sarreguemines, Boulay, Forbach, etc. Cada semana yo visitaba cada uno de estos campos con mis dos camiones llenos de panes de 3 Kg. - largos o redondos- unos 2000 en cada viaje, de legumbres crudas, de manteca de cerdo, de ropas, de abrigos, de frutas, de tabaco, además de vino, pero solo para los enfermos de las enfermerías.

Yo no tenía autorización para entrar en los campos. Tuve que hacer uso de la trampa, incluso de la corrupción con un poco de licor de ciruela, de café en grano, de chocolate, de jabón, un poco de aplomo y de sonrisa, y adiós al rigor teutón y a la famosa “consigna”, por así decir infranqueable.

Algunas veces, sin embargo, ocurrió que decidieron impedirme la entrada en un campo; especialmente dos veces al de Queuleu, en donde estuve encerrada durante tres horas, con la advertencia de que la próxima vez sería por más tiempo.

Inútil hablar de la acogida de los prisioneros, el abalanzamiento de los muchachos franceses hambrientos, sus sonrisas, sus gestos. Todo francés que tenga corazón, se lo puede imaginar. Yo señalaré de buen grado a Oflag, seminario menor de Montigny. Había 250 oficiales que yo visitaba diariamente durante dos meses. Ellos me entregaron, para hacerlo llegar a sus familias revólveres, catalejos, diversos objetos personales que habían conseguido salvar. Muchos guardaban con mucho cuidado sus banderines. Algunos los habían cosido en el interior de sus ropas y lo conservaban como el último jirón de Francia. Jamás olvidaré su interés y sus recomendaciones cuando me confiaron estas reliquias. Muchos de estos fueron llevados a Alemania. Algunos consiguieron hacerme saber desde Sarrebrück y Zweibrücken, que eran muy desventurados.

Escuché con atención la llamada de esta nueva miseria, y, siempre protegida por mi brazalete de la Cruz Roja, partí hacia Forbach, con esperanza de llegar a Sarrebrück. Después de dificultades y de un cacheo pasablemente brutal, mi brazalete me permitió pasar.

En Sarrebrück encontré a nuestros prisioneros acantonados en un estadio. Sus ropas estaban en un estado deplorable. Volví cada semana. Como esto funcionaba bien con Sarrebrück, me atreví y llegué, en octubre y noviembre, a Stuttgart, Mannheim, Nuremberg, Karlsruhe, Wiesbaden, Kaiserslautern, Pirmasen, Soutzbach, etc. para visitar y socorrer.

Para que me admitieran mostraba mi brazalete de la Cruz Roja a los oficiales alemanes y les rogaba que me hicieran una lista, sellada, con el sello del campo de prisioneros, de todo lo que hacía falta de modo particular. Gracias a este papel me introducía en los otros campos y distribuía todo lo que podía.

Fui muy bien ayudada en este trabajo por la Cruz Roja de Mâçon que, sabía yo, estaba muy bien organizada, y a la que hice llegar el contenido de mis listas. Inmediatamente, varios camiones de 5 toneladas —todos conducidos por chicas jóvenes— llegaron y nos fuimos juntas a Sarrebrück, Pirmasen, Ludwigsburg, Stuttgart, Tréves, y sin muchas trabas. En noviembre, diciembre, enero estas jóvenes volvieron para este recorrido dos veces al mes. Avituallaron además, entre otros, los campos de Lorena. Mis viajes personales continuaron cada semana. ¿Qué llevaba? Mucha ropa de abrigo, de lana, calcetines, galletas de guerra, dátiles, tabaco, conservas, “monos”, etc.

¿Qué decir de la alegría de los muchachos de Francia que trabajaban en la autopista de Kehl, cuando divisaban nuestros vehículos franceses?. “Cinco minutos con ustedes, con Francia, nos hacen olvidar seis meses de cautividad”, me dijo uno de ellos.

Estos prisioneros del Destacamento trabajaban o en fábricas o en trabajos públicos —autopista por ejemplo— o en granjas. Estaban repartidos en grupos de 40 ó 50 hombres por destacamento: salían por la mañana y volvían a su albergue por la tarde, después del trabajo.

En Tréves, a donde fui cinco o seis veces, recibí honores de los alemanes. Con las señoritas que me acompañaban, el Coronel Von Neuville nos invitó a cenar. No estábamos para disfrutar de la cena. Incluso nos ofreció conciertos por la orquesta francesa del campo, e hicimos una visita oficial al campo de prisioneros. Pude descubrir a 300 incurables sifilíticos y tuberculosos, reclusos en un barracón. Los sifilíticos se notaba que se habían quedado ciegos. Este campo no había visto jamás autoridades francesas. Por consejo de un prisionero, amigo de M. Scapini, le di una información a este último sobre estos 300 desgraciados. En diciembre, un tren sanitario los condujo a Francia.

Nunca olvidaré el inmenso honor que tuve de representar a Francia en distintos encuentros ante cientos o miles de prisioneros reunidos. Sus versos, sus

palabras, las tengo guardadas escritas en un papel, pero, sobre todo, en el fondo del corazón. Sentí en lo profundo lo que era Francia y el honor de pertenecer a ella.

¡Ah!, qué plegarias ardientes hice subir hasta el Dios de los cautivos y hacia la Madre Dolorosa para que acompañe a nuestros chicos y para que Ella consuele a sus madres, a sus mujeres, a sus hijos.

Sobre todo yo tenía el objetivo de avituallar a nuestros prisioneros hasta donde pudiera atenderlos. Bien pronto, sin embargo, el correo de ida y vuelta entró en mis funciones. Empleaba para ello las tretas que todo el mundo sabe. Al principio lo escondía en mí. Después lo escondía en el fondo de los sacos de provisiones o de ropas. Varias veces, las damas de la Gestapo me desnudaron por completo. Precisamente esta vez, el correo estaba en el saco. Podría contar aquí muchos episodios tragicómicos, por poco que uno conozca la ingeniosidad francesa.

Un día de julio de 1940, dos oficiales, internados en el Seminario Menor de Montigny, me pidieron que les ayudase a escapar. Tuve un momento de nerviosismo interior, pero en un santiamén, todo se “combinó”. Al dar las doce de la noche, los esperaba en tal lugar un coche que los conduciría a Nancy. Todo resultó a las mil maravillas. Yo había mordido la manzana fatal. Estaba segura de que en adelante iría de caída en caída. Feliz caída.

A partir de entonces comenzó para mí, y para un gran equipo de amigos seguros y entregados, un periodo de emociones y de grandes alegrías.

Las evasiones se hacían de mil formas. Algunas se hacían al fondo de mis camiones, en Francia, en Alemania, durante la distribución de pan y de ropas. Los alemanes hacían buena guardia, pero el soldado francés es inventivo y ya sabéis las mil astucias para llamar la atención y deslizar a un camarada o dos en o debajo de un saco.

En Metz, 85 prisioneros, del Norte la mayoría, consiguieron escapar en diciembre de 1940. Nos hicieron saber más tarde, por la radio inglesa, que estaban sanos y salvos. Muchos llegaron a Metz. Encontraron asilo e información en las iglesias o en las casas cuidadosamente indicadas de antemano, una palabra de contraseña, una forma de llamar a la puerta, de presentarse y eran acogidos.

Desde la aparición de los vales de pan, yo tuve autorización para ir de Metz a Nancy dos veces a la semana para comprar pan o harina en los Grandes-Molinos. Me siento feliz de dar este testimonio de la Cruz Roja de París, que

puso para este fin fondos muy importantes a mi disposición. Yo tenía dos camiones para este trayecto: al salir de Metz, lo atestábamos, literalmente, de evadidos. En los puestos, yo exhibía mi brazalete y mi “Ausweiss” (documentación), que era suficiente, o no lo era. En ese caso, recurría al soborno con la “mirabelle” (licor de ciruela) o café en grano. El alemán no se resistía. De hecho no registraron jamás mis camiones.

No hace falta contar cómo los grupos de 15, 20, 25 evadidos se repartían en las casas a su salida de los vagones metálicos. Su alegría era grande, su emoción, sus palabras ingenuas, su satisfacción al verse bañados, afeitados, vestidos y, sobre todo, a salvo de los alemanes.

Sin embargo, es preciso señalar, con toda justicia, la entrega, el ardor, el nivel, de tantos jóvenes y chicas —de la alta sociedad la mayor parte— que hicieron el servicio de “canalización” de la estación a nuestra casa o a las diversas casas amigas. ¿Y qué decir de los “guías de paso”? Quienes hayan leído los relatos de 1914-1918 no tienen más que recordarlos y decirse que tales actos heroicos se repitieron en Francia todos los días de 1942.

Conocí de cerca a un pequeño guía, de 14 años, que, detenido por los alemanes, fue interrogado con buenos modos para que diese detalles. Se negó a hablar. Se le ató la cabeza con una especie de correa de cuero que la apretaban más a medida que él se negaba a decir nada. No le sacaron ni una palabra. Y este nuestro chaval llevará durante toda su vida en su frente la marca gloriosa de la infamia alemana.

Cada día, cada noche, acogíamos, albergábamos, repartíamos a los evadidos de Francia y de Alemania. Pudieron pasar millares.

Toda esta bella historia tiene un momento trágico. En un campo para oficiales, conocí a un soldado —el duque de F. — buen francés, pero bien relacionado con las autoridades del campo, porque según creo, era un gran propietario en tierra alemana. Él me pidió que le hiciera evadir, a él y a los soldados que habían puesto a su disposición. Todo fue hecho, pero yo no sé por qué “el ordenanza” no pudo escapar a tiempo.

Se le interrogó sobre la partida del duque, se le golpeó copiosamente... Y acabó por designar al jefe del campo francés M. como susceptible de dar algunas informaciones. Mi nombre estaba escrito.

Nada me abatió tanto. El 4 de febrero de 1941, a las 19:30 h., la Gestapo vino a buscarme, así como al chófer y a otra Hermana. Fueron bastante correctos. Fuimos llevados a prisión y encerrados cada uno en una celda.

Vinieron los interrogatorios. Yo sufrí 18 horas en tres días, y muchos otros en días siguientes. Querían, a toda costa, hacerme hablar intimidándome, intimidar para ellos quiere decir amenazar. Me enseñaron revólveres, me hablaron de matarme, de encarcelarme en Alemania, de emplear medios que yo no conocía, pero que conseguirían hacerme hablar y delatar a mis agentes y mis cómplices en Metz. Yo no dije nada, sino que ignoraba por completo de qué me hablaban.

Aquí contaré un episodio que ofrecerá una característica de su método. Yo había tenido, un mes antes, la visita de un oficial francés, intérprete en un campo de prisioneros y muy desventurado. Vino a pedirme que le ayudara a evadirse. No sé muy bien por qué, pero su aspecto, sus lágrimas —porque lloró varias veces— su perfecta distinción, me hicieron rehusarle toda ayuda. Tres veces volvió a la carga, yo permanecí inamovible. Este debió ser, creo, el único a quien le rehusé mi ayuda. Cuál no fue mi asombro al darme cuenta, entre mis interrogadores, de que era un oficial alemán. Él me acusó, sobre todo, de haberle expresado sentimientos anti-alemanes durante nuestras entrevistas. No pude ocultar mi gesto de desprecio a su cara y tratarle de “vil” delante de todos, porque se había arrastrado a semejante acción. Él me amenazó, llegando incluso a poner nerviosamente su puño en mi barbilla. Yo le cogí por el brazo y le proclamé enérgicamente que no tenía derecho a tocarme. Estas actitudes firmes siempre les hacen vacilar, pero tuvo el valor de responderme: “No tenemos el derecho, pero tenemos el poder”. Este repugnante personaje, después del interrogatorio, se subió detrás de mí en el coche y me susurró: “Sor Elena, no tenga miedo, yo la salvaré. Tenga confianza, yo puedo salvarla”. Yo le respondí secamente que no quería ninguno de sus socorros y que si era condenada, tendría suficiente coraje sin él.

Furiosos por mi mutismo, me trasladaron a un calabozo negro, fuera de la prisión, en un puesto de policía. Solo podía dar cuatro pasos a lo largo. Unas planchas con una paja asquerosa, sin manta, constituía la litera. En un rincón, un cubo higiénico lleno de porquería helada y que me fue imposible vaciar durante los ocho días que permanecí allí. Con frecuencia abrían la puerta y me preguntaban si estaba decidida a hablar y, si no, sería trasladada a Alemania.

Se puede adivinar la vida que llevaba en este calabozo. No aguantando más, solicité un médico la tarde del octavo día. Se me denegó. Protesté que en Francia un prisionero consigue un doctor tan pronto como lo demanda. Se buscará uno. El de la Gestapo está ausente. Traen a un lorenés todo contento de volverme a encontrar allí, después de haber corrido la voz de que me habían ya fusilado. Me hizo un documento para un traslado urgente al Hospital de Bon-Secours. Allí, desde el día siguiente, la Gestapo venía a preguntar por mi estado. El doctor le pidió que esperasen aún dos días durante los cuales, según él, la fiebre subía de modo inquietante. Finalmente, diagnosticó con la mayor seriedad

del mundo: Tifus, complicado con una infección intestinal. Inmediatamente, hizo colocar en mi puerta un gran escrito: “CONTAGIOSOS”.

Pero, a pesar de los microbios, la Gestapo quería informarse, tenía interrogatorios importantes y urgentes que hacerme, decía. En efecto, sufrí una quincena de ellos en el hospital. Yo me reía para mis adentros al ver a estos señores tan lejos de mi cama, ridículamente vestidos de pies a cabeza, con grandes blusones anti-microbios y usando a la salida fuertes desinfectantes. Se había puesto mi habitación en una oscuridad casi completa, mi cabeza estaba envuelta en una lienzo y podía, a mi vez, tener un aire de muy enferma.

Estos interrogatorios versaban sobre diversos puntos. De entrada sobre las visitas a los campos de prisioneros de Alemania. Estaba acusada de haber sembrado el mal espíritu entre los prisioneros, de haber llevado y traído correo y de haber favorecido las evasiones. Además, la Gestapo había descubierto en el Tribunal Militar de Nancy una denuncia que yo había hecho, antes de la guerra, contra jóvenes de Metz culpables de traición, por cuenta de Alemania. Me hablaron además de mis relaciones con la Armée Française, antes y durante la guerra. Durante la guerra, claramente, yo había estado encargada por el segundo Bureau de recopilar los objetos sagrados y los ornamentos litúrgicos de las iglesias y presbiterios de la zona de las Armées hasta la línea Maginot.

Permanecí así en el hospital desde mediados de febrero hasta el 5 de julio de 1941. Cada diez días, mi médico enviaba mi boletín de salud. El juicio tuvo lugar el 18 de abril. Asistí. El procurador, que me sabía en perfecto estado de salud, estuvo encantador y los abogados manifestaron su alegría por llevar, por fin, hasta la barrera un asunto caballeresco. Fui condenada a un año de prisión.

Hasta aquí sus Memorias. Ella consiguió seguir ayudando a todos sin descanso.

AYUDA ALIMENTARIA

Un día sor Elena y su chofer fueron detenidos por un guardia alemán. Llevaban tres cerdos a los prisioneros y tuvieron que darle un cuarto de cerdo al guardia. Otra vez llevaban lentejas, pero cuando los iban a parar, Elena ordenó al chofer acelerar y pudieron pasar sin problema, aunque les dispararon.

Cuando llegaban evadidos al hospicio preguntando por ella, los escondía en el granero o en el mismo hospicio entre los locos que tenían allí o detrás de sacos de harina o dentro de unas barricadas. Nunca los encontraron. Desde el 17 de junio de 1940, fecha del ingreso de los alemanes a Metz, hasta el 1 de octubre de

ese año pudo distribuir pan, legumbres y artículos de primera necesidad entre los miles de prisioneros y todo eso tenía un valor de un millón de francos.

Elena les daba a los 25.000 prisioneros un pedazo de pan, legumbres cocidas o frescas, Además cada día daba para los enfermos de disentería medicinas y comida especial. Del 15 de julio de 1940 hasta el 15 de octubre de ese año repartió en total unos 21.000 kilos de pan, unos 19.000 kilos de hortalizas, 4.000 kilos de frutas, 100 kilos de jabón, 1.000 piezas de ropa. Y solo para los enfermos 150 kilos de chocolate, 300 litros de leche, 3.000 litros de sopa y 50 docenas de huevos. Todo esto lo conseguía con donaciones de la gente. Además ella visitaba a los enfermos, los cuidaba y les daba medicinas. Los alemanes le permitían la entrada en las prisiones, porque iba bajo el pabellón de la Cruz Roja.

LA DENUNCIA

(Extractos de documentos de los Archivos Departamentales de la Moselle)
Traducidos del alemán.

El 4 de febrero de 1941, un prisionero francés liberado se presentó en el campo, llamado Stalag XII-E de Moselle. Dice que tiene que hacer una comunicación sobre el asunto de un ayudante-jefe, detenido en este campo. En razón a esta comunicación, el ayudante-jefe indicado fue detenido por el oficial de seguridad alemán del campo y sometido a un cacheo personal.

Se encontró entre sus ropas una carta de Sor Elena, del Hospital San Nicolás de Metz. Según esta carta y las declaraciones del prisionero de guerra, se deduce claramente que Sor Elena favorecía la evasión de los prisioneros de guerra y les hacía pasar correo para ellos.

Sor Elena estaba bajo sospecha, desde hacía largo tiempo, de trabajar para favorecer la evasión y, a partir del registro del ayudante-jefe, las pruebas demostraron que, efectivamente, lo hacía. Para ello, el prisionero de guerra denunciante pidió que Sor Elena fuese detenida y que se abriese una investigación sobre este asunto ilegal. En razón de las pruebas aportadas, el 4 de febrero de 1941, por el Stalag XII-E, Sor Elena fue arrestada la tarde del 4 de febrero de 1941.

Como existía contra Sor Thil y el chofer del hospicio , -el electricista Keller— una fuerte sospecha de complicidad en facilitar las evasiones de prisioneros de guerra franceses, estos dos fueron también arrestados el 4 de febrero de 1941 y los tres fueron internados en la prisión del tribunal.

El examen de los asuntos de los inculpados no ofreció ninguna prueba nueva, que pudiera ser significativa para las investigaciones.

Al día siguiente de su traslado a la prisión de Metz, Sor Elena, en tanto que acusada principal, fue llevada a la Gestapo, en donde sufrió durante tres días un severo interrogatorio, relativo a su actividad y la de sus colaboradores. A pesar de las amenazas e intimidaciones, permaneció muda y ninguno de los miembros de su red sufrió a consecuencia de su arresto.

EL MOTIVO DEL JUICIO

(Extracto de documentos de los Archivos Departamentales de la Moselle)

Las acusadas Studler y Thil pertenecen a la Congregación de las Hermanas de San Vicente de Paúl y desde hace bastantes años viven en el Hospicio de San Nicolás de Metz, en donde, a título de favor, están encargadas de cuidar y ayudar a las personas necesitadas, distribuyendo comida y ropa. La acusada Studler era la portera del hospicio, era venerada en Metz y sus alrededores, a causa de su actividad caritativa y de total entrega. Hasta junio de 1940, un contingente de prisioneros de guerra franceses irrumpió en Metz. En la zona alemana, ella obtuvo, bajo petición a la Comandancia alemana de Metz, la autorización para ocuparse de los prisioneros, particularmente para distribuir la alimentación suplementaria, que había sido puesta a su disposición por los habitantes de Lorena. Le fue también permitido visitar, por caridad, de manera frecuente, a los prisioneros de guerra del campo de Metz, de modo que tenía derecho para entrar en este campo.

Entró también en relación con la Cruz Roja francesa, que le encargó oficialmente de ocuparse de los prisioneros de guerra franceses, acantonados en Metz. Desde que se le dio este encargo, recibió del comité de la Cruz Roja, cerca de 100.000 francos. Otras sumas importantes y una gran cantidad de productos consumibles fueron puestos a su disposición por la población de Lorena, de suerte que pudo, de modo continuado, procurar un suplemento de sopa para los enfermos, de pan blanco, de frutas etc. para los prisioneros de guerra beneficiarios de sus cuidados.

En el transcurso del otoño y del invierno de 1940-1941, se tuvo la constatación de que prisioneros de guerra franceses se evadían de los campos de Metz y sus alrededores en forma creciente, siendo ayudados para ello por la población civil.

Las sospechas se dirigieron hacia la acusada Studler y, después de que se encontrara una carta escrita por su mano, entre las ropas de un ayudante-jefe de un campo de prisioneros, se comprobó que ella había abusado de su misión de solicitud a favor de los prisioneros de guerra. Las investigaciones sucesivas probaron también la participación de los acusados Thil y Keller en este asunto. En detalle: los debates han permitido constatar los hechos siguientes: Ya en el verano de 1940, diversos prisioneros de guerra franceses de los campos de Alemania, se dirigieron, durante su paso por Metz, al Hospital de San-Nicolás, y allí fueron curados por la acusada Studler, y en su ausencia, por la acusada Thil, y ayudados con dinero en metálico. La acusada Thil reconoce también haber facilitado la continuación de evasión de prisioneros, aconsejándoles ir hasta la frontera de Kemmen, por donde pueden intentar, con un poco de suerte, franquear la frontera hacia la Francia ocupada.

Desde el otoño de 1940 hasta el arresto de la acusada Studler, a principios de febrero de 1941, los prisioneros de guerra se presentaron a ella, o a la acusada Thil, en el hospital, varias veces, en grupos de 2 ó 3. Las acusadas les daban a los prisioneros ropas de civil, bufandas, zapatos, etc. Las acusadas les daban también, a una parte de los prisioneros en fuga, sumas de dinero, hasta de 50 francos. En dos casos ellas condujeron, con un camión del hospital, al otro lado de la frontera, en la Francia ocupada, a prisioneros de guerra evadidos. Los prisioneros, en esta ocasión, iban escondidos en la parte de atrás del camión, que podía estar cerrado por todos los lados con una lona. El acusado Keller, que en las dos ocasiones conducía el vehículo, no quería en principio coger en el camión a los prisioneros. Las Hermanas le dijeron que él solo tenía que hacer su trabajo de chófer, sin tener que ocuparse de lo que había dentro del vehículo. De esto, ellas se responsabilizaban. Con esto, Keller se tranquilizó y metió a los prisioneros, como conductor del camión. En las dos ocasiones, fue la acusada Thil la que iba también en el camión. Ella cuenta que en la aduana de Kemmen, en donde era conocida por sus numerosos transportes de pan, no tuvo ningún control del vehículo.

En efecto, el camión no fue controlado y llegó con los prisioneros a Nancy, sin obstáculo. Allí los dejó, después de haberles dado el dinero, para continuar su evasión.

Los tres acusados, pues, se han confesado culpables de actos criminales continuados, de relaciones prohibidas con los prisioneros de guerra, en el sentido del párrafo 2 de las ordenanzas del Comandante en jefe de la Armada, sobre la puesta en vigor del código penal alemán y las órdenes en materia de sanción, en la zona francesa de ocupación, publicada en el Boletín Oficial, para Lorena, el 24 de agosto de 1940. Ellos son, pues, sancionables según el párrafo

4 de las ordenanzas del código especial criminal de guerra, en relación con las ordenanzas citadas.

Durante su arresto, el tribunal ha tenido en cuenta, en la mayor parte, que la acusada Studler, como se puede creer, ha actuado no por razones políticas y por hacer daño a los intereses alemanes, sino por compasión y por ayudar a los prisioneros desgraciados que deseaban volver con sus familias.

La acusada Thil es tratada del mismo modo que su colega de más edad. Para ella se tuvo en cuenta además, que hasta cierto punto, ella no había actuado por propia iniciativa, sino bajo la influencia de la acusada Studler.

Para el acusado Keller, se tiene en cuenta, sobre todo, que se encontraba en una cierta situación de subordinación. Pero, a la vez, el tribunal ha tenido también en cuenta el hecho de que la acusada Studler abusó, en cierto sentido de un modo grosero, de la confianza que se le había concedido, en tanto que delegada de la Cruz Roja y que la acusada Thil, igualmente, cometió un abuso de confianza, de un manera sancionable, al utilizar su empleo de enfermera y de Hermana, para hacer pasar la frontera a los prisioneros.

Considerando todos estos hechos y después de severa investigación, los tres inculcados han sido juzgados por el tribunal militar alemán de Metz, el 18 de abril de 1941.

EL PROCESO

(Extractos de documentos de los Archivos Departamentales de la Moselle)

En nombre del pueblo alemán, son juzgados:

1- Sor Hélène Studler, nacida el 8 de marzo de 1.891 en Amiens, soltera, sin antecedentes penales, habitante de Metz, detenida el 4 de febrero de 1941 en el hospital de la ciudad de Metz.

2- Sor Cécile Thil, nacida el 24 de junio de 1901 en Bornen, distrito de Metz, soltera, sin antecedentes, habitante de Metz, detenida el 4 de febrero de 1941.

3- El electricista Othon Keller, nacido el 18 de marzo de 1914 en Metz, casado, sin antecedentes, habitante de Metz, detenido por el mismo asunto el 4 de febrero de 1941 por relación prohibida con los prisioneros de guerra.

Por este juicio, la acusada Studler ha sido condenada a una pena de prisión de 10 meses; la acusada Thil a una pena de prisión de 7 meses y el acusado Keller a una pena de prisión de 6 meses.

EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN DE SOR Elena EN EL PROCESO

Al entrar las tropas alemanas en Metz, me dijeron los habitantes de la ciudad, que los prisioneros de guerra erraban por las calles. A partir de este momento mi tarea era ayudar a estos prisioneros de guerra. El 17 de junio de 1940, por la tarde, fui al ayuntamiento y solicité una autorización para socorrer a los prisioneros de guerra y poder curar sus heridas. Se me concedió esta autorización. En los días siguientes, los prisioneros de guerra fueron repartidos a diferentes campos, en Metz. De nuevo solicité y recibí la autorización para ocuparme de ellos en los distintos campos. Después iba cada día a estos nuevos campos, para ayudar a los prisioneros de guerra. Recibía permanentemente de parte de la población y de los campesinos víveres y legumbres y los distribuía en los diferentes campos. Por esto, hasta los propios comandantes de los campos me daban las gracias.

Me sucedió recibir prisioneros de guerra, que me pedían documentos de identidad. Les di como respuesta que yo no podía procurarles estos papeles. Simplemente les daba de comer y 50 francos a cada uno. Después de Año Nuevo, venían con frecuencia prisioneros de guerra, acompañados por un centinela, y yo los curaba. Al centinela le daba también de comer y un pequeño paquete, como el de un prisionero.

Nunca proporcioné documentos de identidad a los prisioneros de guerra: Solamente los curé, los alimenté y completé sus ropas con prendas de abrigo y calzado.

Nunca recibí cartas para los prisioneros de guerra ni remití cartas de los mismos evitando la censura. Solamente respondía a las cartas que algunos parientes suyos me escribían y en las que demandaban noticias sobre la salud o el estado de tal o cual prisionero.

Recibí de la población lorenesa sumas importantes de dinero, para ayudar a los prisioneros de guerra que se encontraban en los campos de Metz o en la región. La Cruz Roja francesa de Nancy, por indicación de la Central de París, me remitió la suma de 100.000 francos. Con este dinero pagué a un panadero de Nancy 50.000. El dinero restante me sirvió para comprar ropa interior, vestimenta para los prisioneros de guerra. Ahora todo se me ha acabado y tenía intención de pedir un nuevo envío a la Cruz Roja de París.

No veo, pues, por qué me he hecho sancionable. No he hecho más que el bien y nunca he sabido que estuviese prohibido el ayudar a los prisioneros de guerra a evadirse.

REGRESO DE SOR ELENA AL HOSPICIO

Después del proceso, los condenados Thil y Keller volvieron a la prisión, mientras que Sor Elena, gracias a su bondadoso médico lorenés, el doctor Loewenbruck, que mantuvo su diagnóstico de enfermedad contagiosa, se quedó en el Hospital, para cumplir su condena, bajo la supervisión de la policía.

En julio, se anunció una contra-visita por un médico alemán y a continuación mi partida para Sarrebrück. El médico enviado se puso enseguida al corriente, comprendió, e inclinándose hacia mí, me susurró: “Yo la salvaré”.

No hay que dudar en testimoniar que, a veces, entre ellos hay también almas buenas y comprensivas. Oí contar a los evadidos que mujeres alemanas de Berlín, de Múnich, los habían ayudado con vestimentas y billetes de tren.

El 4 de julio, ligera como unas castañuelas, entré en mi querida casa, en donde me puse a trabajar con un ardor redoblado. Evidentemente, dejé el avituallamiento de los campos y me hice ver lo menos posible. Mi convalecencia lo exigía. Pero las evasiones no cesaron.

Notad que, mediante mil estratagemas serias o ridículas, yo había estado al corriente del servicio, durante mi estancia en el hospital. Todo había continuado funcionando y varias veces, al atardecer, al caer el sol, recibía la visita de algunos de los evadidos muy agradecidos. Igualmente la visita de Mademoiselle Reitel que se ayudaba de la complicidad de religiosas, médicos y personal para colarse en las cocinas y bodegas del Bon Secours, a fin de asegurar los contactos eficaces conmigo misma durante mi hospitalización como prisionera, es decir: enferma, y bajo la guardia de la policía alemana.

A partir de mi vuelta, los pasos de frontera se repitieron: franceses en mayoría, muchos belgas y polacos. Los amigos nos ayudaban y bien que los necesitábamos, porque durante varias semanas fueron 80 ó 100 evadidos por semana los que aterrizaban. Los distribuíamos en diversos escondrijos, desde los que cada atardecer los “pasadores” y “pasadoras” los conducían a la zona ocupada. Allí se ponían en acción los relevos. Las oficinas de falsos papeles o la preparación de viajes en vagones metálicos funcionaban, sin hablar de los socorros materiales de toda clase. Muchos, provistos de falsos papeles, pudieron volver a sus familias en la zona ocupada.

Othon, su chofer y otro de apodo *caja de clavos* subían al camión a las personas que debían pasar la frontera. Los metían en unos toneles sin fondo y

colocaban la tapa a unos 30 cms de la abertura y encima colocaban manzanas, ciruelas y hortalizas. Sor Elena y algunos jóvenes huérfanos se colocaban en la parte de atrás del camión al lado de los toneles. Cuando los detenían, sor Elena mostraba su pase. Solía pasar por los mismos controles unas cuatro o cinco veces por semana. Y los guardias que ya la conocían, solían decirle simplemente: Pase, hermana.

Entre otros ayudó a escapar al padre Maziers, futuro arzobispo de Burdeos y a 42 compañeros de prisión, que se salvaron, arrastrándose por una alcantarilla.

TESTIMONIO DE SUZANNE TENNES

Mi tío, movilizado como oficial en la línea Maginot, venía a vernos de vez en cuando, acompañado de su chófer Edmond Pagés. Este era un comunista convencido, un hombre recto y fiel, que nos guardó agradecimiento hasta el final de su vida, viniendo incluso a visitarnos a Rennes, en donde mi marido se había establecido como médico.

Vino la derrota y Edmond Pagés fue hecho prisionero en Sarrebrück, a sesenta kilómetros de Metz. Solo tenía una idea en la cabeza: evadirse. Se acordó de nosotros, contactó con un alemán, sin duda comunista como él, que vino a nuestra casa a traernos un mensaje. En él nos decía que podíamos confiar en el portador de la misiva. Nos pedía procurarle ropas de civil y solicitaba nuestra aceptación para albergarle. Unos días más tarde, llaman a la puerta: aparece Edmond Pagés, acompañado de un camarada de evasión. Desde hacía unos días hacía un frío siberiano, entre -15° y -25°, con una espesa capa de nieve. Ellos habían venido a pie, una vez evadidos, desde su campo. Nosotros aún no conocíamos la red de evasión. Mi madre fue a ver a una religiosa de San Vicente de Paúl, amiga de familia, Soeur Jeanne, que dirigía el servicio de cocina del Hospital Bon-Secours, muy cerca de nuestra casa. Esta aconsejó ir, de su parte, a ver a Sor Elena, al hospicio de San Nicolás, que estaba en el centro de la ciudad. Sor Elena era una mujer de carácter, con alma de jefa. Se presentaba en los campos de los alrededores de Metz, llevando víveres, reconfortando a unos, animando a otros, identificando a los más audaces deseosos de escaparse. Ya en su cabeza se organizaba una hilera de evasión, contactando con familias de acogida. El problema no era sencillo, ya que no se trataba de traspasar una línea de demarcación, sino una frontera franco-alemana. En efecto Moselle y Alsacia estaban recientemente anexionadas por Alemania.

La nueva frontera pasa a veinte kilómetros de Metz. Está bien guardada: centinelas, rondas de vigilancia, puentes supervisados. Al principio, Sor Elena

aprovecha el traslado de enfermos psiquiátricos a Nancy, utilizando los servicios de un chófer: Othon Keller, de la resistencia desde los comienzos, que será luego arrestado, y a continuación deportado a Buchenwald. En medio de los enfermos psíquicos, entre los que había algunos agitados, se añadía a dos o tres prisioneros evadidos. Esta estratagema resultó durante algunos meses. Después hubo que buscar otra solución. Así fue como nosotros nos dirigimos a los ferroviarios de la resistencia, siendo el prelude de la red "Résistance-Fer". Se nos anunciaba con tiempo la hora en que había que llevar a los prisioneros a la entrada de la estación de mercancías de Sablón. Allí los ferroviarios los conducían hasta el tren que iba a partir, los instalaban en el vagón del carbón, los cubrían con una gran lona a fin de camuflarlos a los ojos de los centinelas en el puesto de guardia sobre los puentes. A fin de disuadir a los oficiales alemanes de subir al vagón para una verificación, los ferroviarios engrasaban copiosamente las rampas de acceso. Ello se saldaba con unos tacos bien germánicos, ¡pero las investigaciones quedaban en eso!.

Otro medio utilizado, quizá más directo, pero más arriesgado, era el de recurrir a "pasadores de fronteras", cuya casa lindaba con la frontera. Estas gentes eran valientes, porque conocían los riesgos a los que se exponían. Hubo merecedores de primer rango, entre los que debo citar a Wanda Biernacki. Era una joven francesa, de origen polaco. Sabía aunar temeridad y prudencia.

Nosotros íbamos también a algunos lugares, en particular a iglesias, en donde sabíamos que encontraríamos a evadidos. Aunque disfrazados con vestimentas de civil, nosotros enseguida los identificábamos. Discretamente, se acercaba uno a ellos : "Usted es un prisionero evadido, no diga nada, y síganos".

Así fue como albergamos, hasta 1943 incluido, algo más de cien prisioneros. Mi madre había empezado a hacer una lista, pero lo interrumpió enseguida en razón del peligro que esto suponía. Pero además del alojamiento se presentaba otro problema : la intendencia. Fuimos al Hospital "Bon-Secours" a ver a Soeur Jeanne, que nos dio unos pocos víveres. También había que proporcionarles un poco de dinero y mejorar el aspecto de su vestimenta.

Cuando se eligió el modo de pasarlos por la frontera, era preciso llevarlos hasta la estación de mercancías, o, lo más frecuente, a la parada de autobús, en la que un chófer en complicidad los tomaba a su cargo.

Así fue como yo los escoltaba, utilizando mi joven edad para no despertar sospecha, vis a vis de la Gestapo, que, lo recuerdo, estaba casi frente a nuestra casa. Igualmente, nunca íbamos por el mismo camino, para no llamar la atención. Los prisioneros que dirigíamos hacia Sor Elena, frecuentemente iban acompañados por el señor Sautré, hombre de confianza, ya que, arrestado por la

Gestapo y molido a palos, no habló. Gracias, sin duda, a él, nosotros no fuimos arrestados. Entre los evadidos de Sor Elena, hubo hombres célebres: François Mitterrand, el general Giraud y el Abbé Emile Bérard, que Wanda conocía bien, porque eran del mismo pueblo. Fue ella quien le hizo pasar la frontera. Él debería llegar a ser arcipreste de Notre Dame de París, lo que le conferiría el título de primer cura de Francia. Estaba igualmente el Abbé Marius Maziers, que Sor Elena nos había encomendado particularmente, diciéndonos: “Cuidadlo bien, es un futuro obispo. En vuestra casa estará tranquilo”. Sorprendente premonición, porque el Abbé Maziers sería arzobispo de Burdeos. Así pues, yo fui a buscarlo, así como a su amigo Antoine Gutiérrez a una familia mesinense de la resistencia: la familia Thiam, con la que solo estuvieron unas horas, pues esta familia albergaba ya a un cierto número de evadidos. Eran trece los que había que evadir por las cloacas que atravesaban el campo. El Abbé Maziers y su amigo se quedaron cinco o seis días con mis padres. Todas las mañanas el Abbé Maziers decía la misa. Tenía una maletita de la que nunca se había separado. El día de su partida, un domingo al atardecer, mis padres le acompañaron a la estación de mercancías de Sablón. Por mi parte yo me fui a casa de los Thiam a buscar a otros dos prisioneros. Debían formar parte del mismo convoy. Yo los conduje al lugar de encuentro en el que se encontraban ya el Abbé Maziers y Antoine Gutiérrez. Desde allí yo los encaminé a la estación, seguida de lejos por mis padres.

Nuestra actividad no se limitaba a pasar la frontera a los prisioneros. Un día, llaman a la puerta, mi padre va a abrir. Hay un hombre joven, grande, con aire decidido. “¿Puedo entrar y hablar con usted?”. Mi padre le hace pasar. “Bueno -dijo- vengo de Londres para efectuar la localización de sitios estratégicos; se me ha dicho que usted es una persona de confianza y puede ayudarme”. Me acuerdo de este momento sorprendente, en el que las miradas de los dos hombres se cruzaron, se enfrentaron, se interrogaron. ¿Cómo mi padre, de un natural desconfiado, adquirió la convicción de que podía confiar en él? Nadie pudo comprender esta clase de intuición; sin embargo mi padre le interrogó: “Pero para empezar, ¿quién es usted?”. “No puedo decírselo, digamos que soy el gran Norberto”. Se estableció la confianza. El hombre estaba bien al corriente de nuestras actividades. Nos da detalles, nos precisa el desenlace de algunos acontecimientos, en particular sobre la evasión del general Giraud. Nos informa de que fue Roger Guerlac, antiguo ecónomo del Hospital de Bon- Secours, quien tomó una parte activa en la evasión.

El gran Norberto nos pide, por lo demás, que le llevemos a casa de Madame Guerlach, la madre de Roger, para darle noticias. Es lo que yo hice. Al día siguiente, y al siguiente, mis padres me pidieron que condujese a nuestro huésped a Woippy, en donde se sitúa la fábrica HOBUS. La imagen de un padre con su hija llamaría menos la atención. En el lugar, el hombre mira, observa,

anota todo en su cabeza. Nada de lápiz, nada de papel, ningún rastro. Volvemos a casa, él satisfecho, yo feliz: Todo ha resultado bien. Él nos da los datos de los bombardeos que deberán tener lugar, a fin de poner al abrigo a mis padres y a amigos Por otro lado, resultaba que mi abuela vivía en Devant-les-Ponts, no lejos de la fábrica HOBUS.

La convencemos para que venga a pasar unos días con nosotros.

Después de los bombardeos nos dirá: “¡Qué buena idea habéis tenido al invitarme!”. Solo al acabar la guerra le dimos la explicación. Nos reímos mucho, ella un poco desconcertada. Evidentemente el gran Norberto se alojaba en nuestra casa, cuando pasaba por Metz. Volvería algún tiempo después de esta vez, era la fábrica SIEMENS la que le interesaba. Se situó en el barrio de Queuleu , en lo alto. Yo conocía bien el sector, esta vez también le acompañé y todo salió bien.

No volvimos a ver al gran Norberto. Sin embargo nos habría gustado saber quién le proporcionó nuestro nombre, nuestra dirección y la información que él tenía sobre nuestra actividad. Nunca supimos si trabajaba para los servicios británicos o para los franceses.

¿Cómo me pude yo volver así de dispuesta? Me había escolarizado en el liceo de jóvenes, muy próximo a nuestra casa. Me portaba bien y ante todo era una buena alumna. A la llegada de los alemanes, la directora y un buen número de profesores fueron reemplazados por docentes alemanes.

Todos los cursos eran, desde ahora en adelante, impartidos en alemán, ya que estábamos anexionados. Y por patriotismo había elegido el inglés como primera lengua, lo que me supuso algunos problemas. Sin embargo sucedió que mis padres, perfectamente bilingües, hablaban alemán, pensando que yo no los entendería... en lo que se equivocaban. Todo parecía ir bien en mi escolaridad hasta el día en que se recibió la orden de formar parte de las juventudes hitlerianas. Yo no quería. Mi padre me apoyó en mi decisión. Pero, había que encontrar una razón de peso. Convocada por el director, caminaba yo por el corredor, buscando angustiada un motivo creíble. Después, en su despacho, al pedirme que me explicase, de repente tuve una inspiración: “Pues bien, yo querría ser religiosa”. “¿Por qué no lo has dicho antes? Coge tus cosas y vete del liceo”. Salí toda orgullosa de mi trabajo. Acababa de salvar a mi familia de una expulsión, seguramente a Silesia. Creo haber sido la única alumna que se negó a formar parte de las juventudes hitlerianas. Mis padres pensaron en proporcionarme clases particulares en lengua francesa. Desgraciadamente, ninguno de mis antiguos profesores aceptó. Más tarde comprendí el peligro que corrían.... Así fue como estuve disponible.

El inmueble de mis padres, situado en 17, Adolf Hitler Strasse, casi en frente de la Gestapo, estaba ocupado fundamentalmente por oficiales de la Gestapo o de las S. S., por el hecho de las expulsiones. Estas se producían de un modo drástico. Único consuelo: su destino era Francia. Por el contrario, las expulsiones que tuvieron lugar al final de la guerra enviaban a las pobres gentes a Silesia. Por otro lado, nosotros utilizábamos los servicios de una criada alemana (ya antes de la guerra), cuyos sentimientos hitlerianos enseguida se expresaron. No teníamos ninguna razón para despedirla. Ocultar a los prisioneros en estas condiciones no era cosa fácil. Afortunadamente para nosotros, nuestro apartamento era espacioso, dispuesto en forma de herradura, alrededor de un patio central, de modo que conseguíamos pasar a los prisioneros de una parte a otra, en un juego de escondite penoso. Ella, la criada, no se dio cuenta nunca de nada. Evidentemente nos cruzábamos con los alemanes en la escalera del inmueble, respondiendo a su saludo hitleriano con un discreto buenos días o buenas tardes en alemán. Por corrección o por interés, a veces llegábamos a conversar con ellos, limitándonos a conversaciones banales, pero cortas.

Pero la guerra en Rusia fue desastrosa. De triunfadora, la cara de las S. S. se hizo más sombría. Sobre todo la de las mujeres. Me acuerdo de una inquilina, una mujer joven, esposa de un S.S.. Estaban recientemente casados, ella acababa de saber la muerte de su marido en el frente ruso. Lloraba, pero permanecía digna. Las informaciones de la muerte de los soldados alemanes, caídos en el frente, comenzaban siempre por “en un fiero combate”.

Cuando el desembarco, del que nos enteramos por la radio inglesa, reinó una cierta efervescencia. Para nosotros era la esperanza de la liberación. Para los alemanes, el anuncio de terribles batallas. Si en los soldados de la Wehrmacht, se percibía un cierto nerviosismo, no era igual en las S.S. que, convencidas de su superioridad, no dudaban de su victoria. Nosotros seguíamos febrilmente el avance de los aliados, lento al comienzo, en razón de una encarnizada resistencia, más rápido después. Estamos en septiembre de 1944, se oye rugir el cañón: la liberación está cerca...al menos eso pensábamos. Por desgracia, los problemas de intendencia y, sobre todo, la escasez de carburante obligaron a los aliados a estancarse. Los americanos se encontraban en la orilla izquierda del Mosela y Metz en la ribera derecha. Los alemanes huyeron a la desbandada. Desgraciadamente, ante el estancamiento de los americanos, no tardaron en volver y tendríamos que esperar al 21 de noviembre del 44, o sea dos meses, antes de ser liberados. Recuerdo un episodio que me produce escalofríos:

En septiembre, cuando los alemanes habían abandonado Metz y pensábamos que ya nos habíamos liberado para los días venideros, mi padre y yo fuimos a la sede de la Gestapo, al otro lado de la calle, para asegurarnos de que no quedaba ya ningún prisionero en los sótanos convertidos en celdas. No había nadie. Subimos entonces a los despachos. Yo estaba en el primer piso y acababa de descolgar un gran retrato de Hitler que pisoteaba con una rabia apenas contenida, cuando sentí que me observaban. Me di la vuelta y vi un señor grande, de pie, inmóvil, impasible, que me miraba intensamente. Por su apariencia y su uniforme de cuero gris, ¡era visiblemente un hombre de la Gestapo! Durante los dos meses siguientes no saqué ni el pie, ni la nariz, para nada... Felizmente, porque hemos sabido que yo era buscada.

Enseguida se promulgó una orden de expulsión a Alemania. La habíamos ignorado, quedándonos encerrados en los sótanos estos dos últimos meses. Soportamos numerosos tiros de artillería, a decir verdad los disparos eran permanentes. Hartas de vivir noche y día en sótanos sin luz, si no era por un tragaluz, mi abuela y yo subíamos de vez en cuando a acostarnos en una habitación. Fuimos llamadas al orden por mi padre que nos lo prohibió. Gracias a él, pues al día siguiente descubrimos un gran bloque de piedra arrojado sobre la cama por la explosión de un obús.

Al fin ¡volvieron los americanos! Estamos a 21 de noviembre de 1944, es la alegría general. Recuerdo haberme subido sobre el terraplén de una trinchera y haber descolgado la placa: “Adolf Hitler Strasse”. que los alemanes habían fijado en el ángulo de nuestro inmueble. A la llegada del primer jeep, se la di a sus ocupantes La ataron en los bajos de su vehículo y partieron todos contentos.

LA PASADORA DE LA LIBERTAD

Boris Hoban era judío, comunista y ateo. ¿Por qué escribió su libro sobre Elena Studler, “La pasadora de la libertad”, editado por Gerard Klopp? Porque él mismo fue acogido por Sor Elena y recuperó la libertad gracias a su organización y a su red. Le dejamos a él la palabra, es muy conmovedora ².

“Gracias a la ayuda de Irma, enviada a Metz para contribuir a mi evasión y a la de otros camaradas, yo fui acogido por Sor Elena, en el Hospicio de San Nicolás de Metz. Ella recibía a los prisioneros, cuando se hacía de noche.

² Otro libro interesante es el de Charles Molette, *Prêtres, religieux et religieuses dans la résistance*, 1940-1945, Ed. Fayard, 1995.

Hechas las presentaciones, Sor Elena conducía a cada recién llegado a una sala, en la que otros prisioneros ya estaban instalados, cada uno en su cama de campaña. Todo estaba perfectamente organizado. Así, al lado de la buhardilla, había un almacén, lleno de ropa y de calzado. Sor Elena invitaba a los recién llegados, llena de solicitud: “Servíos, hijos, coged lo que os venga bien”.

Nos despojábamos de nuestras vestimentas, compuestas de cualquier manera en el campo para la evasión, y nos equipábamos de pies a cabeza. Solo faltaba un espejo para vernos vestidos como “Monsieur todo el mundo”.

Después de una estancia de dos o tres días en la buhardilla, ya uno estaba preparado para partir y esperaba con impaciencia su turno, porque, por medida de seguridad, el conductor de la camioneta, que formaba parte de la red, trasportaba, después de haber terminado su trabajo, solamente pequeños grupos de tres o cuatro prisioneros, para el cruce clandestino de la frontera entre Alemania y Francia.

Durante nuestra permanencia en la buhardilla, Sor Elena se ocupaba de todo. Ella era la que nos traía la comida, era también la que lavaba la vajilla, vaciaba la tina y verificaba que no nos faltase nada. Como medida de seguridad, nadie, salvo ella, podía entrar en la buhardilla. Incluso a ella no le abríamos la puerta sino después de un código convenido entre nosotros. Así pues, para evitar todo riesgo, los prisioneros no debían franquear la puerta de la buhardilla. Ya tarde, al caer el sol, después de haber terminado su trabajo y cerrado su despacho de recepción, subía a vernos una última vez. A causa del calor en la buhardilla, nos quedábamos en slip sobre la cama; cuando aparecía, nos aseguraba con cordialidad: “Hijos míos, no os preocupéis. Estamos en guerra. Yo no os miro” . Daba una vuelta por la buhardilla, y se volvía a marchar. Podría tener unos cincuenta años.

Antes de dormir, charlábamos. De este modo, aprendíamos por los “antiguos”, que se encontraban allí desde hacía dos o tres días, que cualquiera que llegase al hospicio con una placa militar de identidad, era acogido y alojado por Sor Elena. Con mi experiencia de clandestinidad en Rumania, yo consideraba que Sor Elena se exponía demasiado. Cualquiera podía colarse en la red, procurándose una simple placa de identidad militar. A la mañana siguiente, le participé mis reflexiones e intenté explicarle el peligro de este sistema de acogida y la necesidad de modificarlo. “Yo estoy tranquila, porque sirvo a Dios y a mi Patria”. Es todo lo que me respondió.

El 13 de enero de 1941, Sor Elena nos anuncia que vamos a partir. Nos había preparado una paquete de comida y nos da una dirección en Nancy, un

convento de hombres, en el que el Padre Superior forma parte de la red. Antes de nuestra partida, nos lleva a la capilla, en donde pronuncia estas palabras: “Hijos míos, ahora partís. Habéis combatido por Francia, vais, estoy segura, a continuar el combate”. Dándose perfecta cuenta de que, entre los prisioneros de guerra que acogía, había también extranjeros y judíos, pronuncia palabras que se han quedado grabadas para siempre en mi memoria y en mi conciencia: “Yo no os pregunto cuál es vuestra fe, ni vuestro origen. Solamente os pido que os arrodilléis, para que yo haga una oración por vosotros”.

Yo no soy creyente, pero su fe profunda y todo su comportamiento solo me pudieron inspirar gratitud y respeto. Nos arrodillamos todos. Después de la oración: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...” nos dio a cada uno una bolsita llena de cosas buenas para el camino, y una medalla de la Santa Virgen y nos deseó éxito en nuestra empresa. Yo guardo esta medalla hasta hoy, tanto me conmovió aquel momento.

El mayor mérito de la actividad de salvación desarrollada por Sor Elena, en una época en la que el racismo, la xenofobia y el antisemitismo hacían estragos en el país, fue esta acción realizada sin tener en cuenta la pertenecía étnica, religiosa o política de los prisioneros de guerra.

EVASIONES DE MITERRAND Y PELAT

Un día, Suzanne Thiam, una directa colaboradora de Sor Elena, recibe dos paquetes en la iglesia de San Martín (se hablaba de paquetes, pero todo el mundo sabía de qué se trataba). Uno era François Mitterrand, el otro, su amigo Pelat.

El futuro Presidente de la República francesa (1981-1985), el sargento Mitterrand, después de haberse repuesto de sus heridas en Verdún, había intentado, en marzo de 1941, su primera evasión, en compañía del abbé Leclair. Después de haber hecho cerca de 600 kilómetros, habían sido detenidos en la frontera suiza y se les había incoado un expediente disciplinario. Se evaden de nuevo. Después de esta segunda tentativa de evasión, Mitterrand había sido encarcelado en Boulay , en espera de una probable expedición a un campo de castigo en Polonia. Fue entonces cuando intentó una tercera evasión, favorecida por la Hermana de la Caridad María Luisa del hospital de Boulay, que le orientó hacia Madmoiselle Marie Barón. Esta lo esconde, le da de comer y lo confía, a su vez, a las hermanas Stenger, porque ella se sabía espiada por la Gestapo. El fugitivo se quedó cuarenta y ocho horas con la familia Stenger,

luego, al tercer día, Marie Barón viene a buscarlo para llevarlo a Metz en tren. Es el 15 de diciembre de 1941.

Marie Barón se dirige directamente a la casa de los Grünewald. Se pone enseguida en contacto con Sor Elena. Esa misma tarde se encuentran. Poco antes de las 17 h. Marie Barón, acompañada de Madame Grünewald y de sus dos hijas, llevan a Françoise Mitterrand y a su amigo a la iglesia de San Martín, en donde se encuentran ya otros evadidos. Suzanne Thiam lleva a todo el mundo hasta la estación de Metz. Un “pasador” los espera. Marie Barón aún se acuerda de las palabras últimas de François Mitterrand al subir al tren: “¡Los loreneses sois maravillosos!”. Esta última no se imaginó que ella estaba ayudando a un futuro presidente de la República.

Evadidos y “pasadores” toman el tren hacia la frontera. Todos saltan del tren a unos quince kilómetros. de Metz, aprovechando una reducción de velocidad por trabajos, indicada por el “pasador”. Ellos atraviesan la frontera a pie, de noche, en medio de una tormenta, y se dispersan.

François Mitterrand se encuentra en Nancy, desde donde envía una carta a Marie Barón: “Paquetes llegados bien”. Allí se encuentra lo mismo que Pelat con un Hermano de las Escuelas Cristianas, miembro de la organización de Sor Elena, que les proporciona falsos documentos de identidad. El Hermano les indica un itinerario por Besançon y Mouchard.

El 16 de diciembre, François Mitterrand pasa la línea de demarcación cerca de Chamblay, con su amigo Pelat. Son libres y festejarán la Navidad en familia.

SUZANNE THIAM Y SU FAMILIA

Como acabamos de ver, fue Suzette Thiam la que fue a buscar a Françoise Mitterrand y a su amigo Pelat, que rezaban en la iglesia de San Martín, soñando con la libertad, y quien aseguró su huida junto con Marie Barón. Suzette estaba muy unida a Sor Elena, era “Guía de Francia” y fue detenida por la Gestapo obligada a partir con su uniforme de scout: Camisa azul, capa, guantes blancos, pero sin la famosa boina con la cruz, todo tocado estaba prohibido por los alcaldes.

Suzette Thiam fue detenida por la Gestapo y obligada a viajar con ellos con su uniforme scout.

Elena escribió desde Lyon que Suzanne no era responsable, sino que ella, Sor Elena, asumía y reivindicaba la responsabilidad que los alemanes querían

atribuir a Suzanne. Pero Suzanne fue juzgada y pasó varios meses en la cárcel en el más absoluto aislamiento.

El 23 de febrero de 1942, Suzanne Thiam fue arrestada, junto con su padre. Los dos fueron encarcelados, en espera de juicio, en el Seminario Mayor de Metz que se había convertido en prisión. Madeleine, su hermana, fue detenida poco después y ella también pasó un mes en esta prisión.

El 1 de mayo de 1942, fueron juzgados los tres. El juicio más severo fue para Suzanne. que fue condenada a 26 meses de aislamiento en Zuthaus de Haguenau.

Desde los cuatro años, Suzanne había aprendido a entregarse a los demás. Al estar su madre muy fatigada y con frecuencia enferma, Suzanne tuvo, como hija mayor de una familia de seis hijos, que criar prácticamente a su hermano pequeño Remi y a su hermana menor Jeanette, que también se vieron mezclados en los tumultos de la ocupación.

En el campo de prisioneros de Saint-Jullen, los alemanes habían reunido, en particular, un cierto número de sacerdotes franceses, que habían sido movilizados. A finales de abril de 1941, dos de ellos, los abbés Soulier y Rotgé se escaparon. Habiendo oído hablar de los Thiam, se presentaron, mal afeitados, amedrentados, inquietos y temblorosos, en su domicilio de 5 bis, rue du Pont-des-Loges, en donde Suzanne les abre la puerta, los esconde, y los hace pasar.

Muchos evadidos, ignorantes sin duda del trámite de Sor Elena o el de la familia Thiam, buscan a tientas por Metz. Al oír hablar francés, preguntan.

Agotados, sin calzado, uno de ellos llega por azar a la calle de Pont-des-Loges. En su abatimiento, huye de ser de nuevo capturado por los alemanes, pregunta al primero que pasa, un vecino de los Thiam, que, sin embargo, es sospechoso de germanofilia, pero que le muestra la puerta: "Vaya allí".

En el apartamento de la Rue du Pont-des-Loges hay, no solamente un arca en la que los Mesineses vienen a depositar ropas, sino también armas y cuadernos en donde los evadidos expresan sus emociones y recuerdos. En el granero, se encuentra igualmente una bicicleta del ejército alemán, robada por Rémi Thiam a un soldado alemán, porque los ocupantes le habían robado la suya. En resumen una acumulación increíble de pruebas de actividades prohibidas.

Finalmente el encarcelamiento de Suzanne duró 21 meses. Fue liberada a causa de una epidemia de difteria.

El 23 de noviembre de 1944, Suzanne Thiam fue condecorada por el General Dody, gobernador, en presencia del general Walker, comandante del XX Cuerpo US.

Fue igualmente condecorada con la Legión de Honor y con la Cruz de guerra con estrella de plata.

LA HUIDA DE SOR ELENA

Los “paquetes” (personas) siempre pasaron, pero los alemanes, los nazis, la Gestapo se habían organizado y no paraban. Era necesario ser cada vez más prudentes. El 28 de febrero de 1942, dos soldados de la Gestapo vinieron a Saint- Nicolás para detener a Sor Elena. Ella estaba en su puesto en la conserjería del hospicio:

“La Gestapo vino a nuestra casa, justo cuando yo acababa de recibir un pequeño grupo. Me preguntaron dónde estaba. Yo les respondí que no estaba allí, que acababa de salir. (No me conocían y me preguntaban dónde estaba Sor Elena. ¡Y era yo!)

La alerta había sido fuerte. Yo me disfracé de guapa, intenté una primera huida que no resultó. Estuve durante 8 días en Metz, pero en otras casas y disfrazada. Después conseguí llegar a París, en donde hice una buena peregrinación a la Virgen .

Un amigo intentó hacer cruzar la frontera a Sor Elena, pero tuvieron que retroceder. Sor Elena se alojó en un barrio de Metz, en el escondite secreto dispuesto en los sótanos de Saint-André, luego en casa de una enfermera, en la clínica de la Esperanza y en casa de Marie-Thérèse Boiché. Esta le cortó los cabellos, le plantó una peluca rubia y la vistió con un vestido sencillo y un buen abrigo azul marino y un sombrero, le pintó los labios de rojo, la maquilló. En resumen, Sor Elena se vio “disfrazada”. Avisada Wanda, llega a la estación de Metz a buscar a Sor Elena.

Wanda vivía con sus padres en Montois-la-Montagne. Casi cada noche acompañaba a una decena de prisioneros de guerra; jamás falló un paso de frontera. Ciertamente, esta joven ha sido la mejor tramitadora de la red. Pero, escuchemos a Wanda Zahorski (de soltera Bernacki), acompañante y “pasadora”.

“Yo pertenecía a la red de Sor Elena , siempre con una gran emoción y también con orgullo cuando pienso en los años 1940, 1941 y 1942. ¿Queréis

compartir conmigo estos años y, sobre todo, los recuerdos que tengo de Sor Elena?

Tenía 19 años y medio en octubre de 1940, cuando un día fui presentada a Sor Elena. Ella me integró en su organización como “pasadora”. ¡Era infatigable!. Desde los comienzos del desastre, recibía a numerosos refugiados, después fueron los evadidos; ella sabía organizar, pero, sobre todo, sabía que podía contar con innumerables personas, tanto para alojar, como para hacer pasar más lejos a sus queridos “paquetes”, como ella decía, y creedme, eran numerosos, quizá más de mil, pero de octubre de 1940 a marzo de 1942, dos mil de entre vosotros conocisteis a Sor Elena y a sus “pasadores”. Este fue incluso un bonito nombre, ¿no es verdad?

Luego, llegó un día, el 6 de marzo de 1942, en que ella misma tuvo que tomar el mismo camino que sus “evadidos”. Fui la encargada de la operación. ¿Cómo hacer pasar a una Hermana con una gran corneta por los caminos del bosque? Yo me opuse a hacerla pasar vestida de religiosa (ya había pasado a sacerdotes, pero no a religiosas), y tenía a toda la Gestapo de Metz tras ella, por tanto se vistió de seglar, casi disfrazada como una Miss inglesa y nunca olvidarse de esta metamorfosis, cuando llegó a la parada del autobús, frente a la estación de Metz. ¡Estaba tan rara de seglar! Cambiar una corneta por un sombrero puede cortaros la respiración. ¡Qué choque! En fin, el autobús partió abarrotado de civiles y de alemanes. Sor Elena se sentó tranquilamente al lado derecho en la 2ª fila, yo iba delante en la parte de detrás del conductor: al cabo de unos diez minutos, vi de repente a Sor Elena recitar el rosario, moviendo los labios, me quedé petrificada; aprovechando un giro, hice un ademán de ponerme juntera ella junto a las dos personas de la 2ª fila y le quité suavemente el rosario de las manos. Un alemán me dejó sitio, le presenté mis excusas repetidamente, mis sonrisas . ¡Qué emoción!

Al llegar a Montois a casa de mis padres, que estaban habituados a que yo no llegase nunca sola a la casa, esperamos varias horas, porque había un “malvado” aduanero en la frontera, y a su relevo sabíamos que el aduanero de servicio era un checo de los Sudetes y podríamos intentar pasar sencillamente por la carretera, diciendo que íbamos a una velada fúnebre a Joeuf (zona ocupada). ¡Qué suerte! Me dirigí directamente al Hospital de Genibois. Pasó allí la noche, le hicieron una foto, y documentos falsos procurados gracias al abbé Rausch de Créhange, falsificador por la buena causa, Sor Elena estaba provista de sellos oficiales, documentos de identidad, salvoconductos, permiso de circulación. Jamás la Feldgendarmerie, que verificaba más de mil veces los papeles presentados por los prisioneros evadidos y sus acompañantes sospechó la superchería; y esta vez ¡todos sus papeles estaban en regla!... ¡Eran todos FALSOS, pero en regla!

La mañana siguiente, día 7, cogí con ella el tren hasta Nancy, después Saint-Dizier, en donde otro “pasador” la llevó hasta París, a casa de su hermano.

TESTIMONIO DE WANDA ZAHORSKI

Yo formaba parte de la organización de Sor Elena del Hospicio de San Nicolás de Metz, desde el comienzo de sus actividades, que finalizaron con su evasión en marzo de 1942, por Montois. Hice pasar por medio de su organización 487 de prisioneros de guerra, numerados, por ella. Después de su partida trabajé aún más, pues yo estaba perseguida, ya que mi nombre de Wanda fue conocido no solo en Lorena, sino en muchos campos de prisioneros y campos de oficiales, porque los evadidos enviaban directrices a Alemania.

Después del 13 de agosto de 1942, Willy Ostter, el jefe de aduanas, que vivía en la casa vecina a la nuestra, previno discretamente a mi madre de que la Gestapo hacía demasiadas preguntas sobre nosotros, que ellos me llamaban “la Schwartz Wanda”, y que mi arresto era inminente. Yo sabía que desde hacía días era vigilada, pero no creía que demasiado, y el 14 de agosto muy temprano, una limusina negra se paró delante de nuestra casa, fui presa de los mismos sentimientos que mis evadidos y fui a refugiarme a casa de Marcel Lotz y al Hospital de Genibois, en donde me proporcionaron documentación falsa, pero como no tenía ningún quehacer, volví al anochecer a mi casa, en donde mi pobre madre atemorizada me hizo ver los centinelas y los perros alrededor de nuestra casa, ¡Volví de nuevo al bosque a toda velocidad! Mis contactos me llevaron a la estación de Homécourt, y de mano en mano, pasé por Nancy, Toul, Chalons. En la línea de demarcación pasando en barca, estuve a punto de ser detenida. En resumen: después de 18 meses de trabajos, en Saône-et-Loire, Lyon, Avignon, Los Alpes, volví a saludar a Montois y enseguida a París. Me asombro todavía de haberlo conseguido. De París pasé a Inglaterra en 1944, para enrolarme en la armada polaca, en la que fui enfermera, y terminé mi carrera militar en 1947 con grado de capitán, y me casé con mi jefe de sección, cirujano ortopédico, un polaco de Varsovia. Al disolverse la armada polaca en 1944, nos vinimos a Boston en el Lincolnshire, en donde residimos, y en donde mi marido trabajó en su profesión. Por desgracia estamos jubilados (obligatoriamente). Tengo una hija de 20 años, Anna, que estudia, desde hace dos años, medicina en Londres.

Esta es, brevemente, la narración de mi vida que como usted ve fue para mi muy excitante y no demasiado mala. Soy feliz, un marido encantador, una hija estudiosa, una vida sencilla, pero cómoda.

En treinta años, no he vuelto más que brevemente a Francia, especialmente por la muerte de mis padres y de mi hermano, pero en 1972 hemos vuelto por varios días. Me conmovió y emocionó la acogida que me hicieron los habitantes de Montois y de Joeuf, lloré de emoción y ¡me sentí tan feliz de saber que me tienen en tan gran estima! El año 2005 el presidente De Gaulle me impuso la medalla de la Legión de honor y fui condecorada con la medalla de la Cruz de guerra con cinta de plata.

SOR Elena EN ZONA LIBRE EN LYON

Sor Elena pasó a la zona libre, por medio de la organización de su hermano, hacia el 15 de marzo de 1942, y llegó a Lyon, en donde trabajó en el Hospital de Saint-Joseph. Siempre entregada, iba a la estación de Lyon a acoger a los mesirieses, a los loreneses, a los alsacianos, que, como ella, venían a refugiarse en la zona libre. Ella les facilitaba trabajos para adaptarse a su nueva vida, a su nueva ciudad. Montó un taller de trabajo en el que se preparaban paquetes para los prisioneros. Estos paquetes tenían la particularidad de tener un doble fondo; doble fondo en el que se metía documentación falsa, que podía ser utilizada para huir del campo. Esta estrategia, puesta en acción por la “incorregible Sor Elena”, fue descubierta y el taller tuvo que cerrar. Pero, gracias a estos numerosos paquetes ya expedidos, algunos prisioneros recuperaron la libertad.

Un día de finales de marzo, Madame Giraud vino a ver a Sor Elena a la que conocía desde hacía varios años, cuando el general fue el gobernador de la plaza de Metz. Madame Giraud pidió a Sor Elena, que acababa de llegar a Lyon, que la ayudase para concluir la evasión del general Giraud que estaba a punto de escapar de la fortaleza de Koenigstein en Alemania. Sor Elena le prometió hacer todo lo posible, comprendiendo bien el problema. Se fue a buscar a Roger Guerlach al que conocía bien, porque había sido uno de sus “pasadores”. Le preguntó de sopetón.

—“Roger. ¿quiere hacer algo por Francia?, y luego añadió: “Es muy importante, pero tengo confianza en usted”.

—¿De qué se trata?, le pregunto Roger.

—No puedo decírselo hoy, preséntese mañana a las 10 h. en el Estado Mayor de la Región militar, plaza Carnot. Yo haré que se encuentre con el Comandante Linares”.

A la mañana siguiente, el Comandante François Gonzales de Linares, jefe del Estado Mayor, recibió a Roger Guerlach y le hizo partícipe del proyecto de evasión del general Giraud de la fortaleza de Koenigstein. A continuación de la aceptación de Roger, Sor Elena lo dispuso todo. Lo que poca gente sabe es que

Roger se hizo un esguince que le impedía marchar, y había mucha marcha que hacer. Sor Elena llamó entonces a su primo, André Studler que estaba en Lyon y le pidió que realizara esta misión. Él le respondió que solo sabía unas palabras en alemán: “ Tú solo tendrás que callar y llevar una maleta”, le respondió ella. Le pidió dar una vuelta por la plaza Carnot, él lo hizo y fue juzgado “bueno para este servicio”. Por suerte Roger, restablecido de su torcedura, pudo realizar con éxito esta tarea tan peligrosa.

En efecto, una vez más, gracias a la red de Sor Elena, Roger había huido para no ser enrolado en la “Wehrmacht”. Aceptó, pues, la misión con peligro de su vida, ya que él era “desertor”, y tenía el riesgo de ser detenido bajo una falsa identidad: “Georges Jon, negociante en vino en Besançon”

El recibió el día fijado, a la hora fijada, con su pequeña maleta, el 17 de abril, a las 13 h. al General en la estación de Bad-Schandau, a 10 kilómetros de Koenigstein. La evasión, que había sido tan bien preparada, fue un completo éxito.

Como represalia por la evasión de la cárcel del general Giraud con la ayuda de los miembros de la red de sor Elena, la persiguieron y encarcelaron a 40 hermanas, entre ellas a la Superiora general, Madre Laura Decq. Pero fueron liberadas por intervención personal del Papa Pío XII.

LOS ALEMANES INVADEN LA ZONA LIBRE

Los alemanes invadieron la zona libre el 11 de noviembre de 1942. Ahora ocuparon toda Francia. Buscan a Sor Elena, su cabeza está puesta a precio. Con el permiso de sus superiores vuelve a vestirse de seglar. ¡Su situación clandestina duró dos años!

El nazi Klauss Barbie en la región de Lyon hacía reinar el terror con la barbarie que le caracterizaba, él y su Gestapo.

“Barbie” fue encargado de buscar y detener a Sor Elena, que acababa de participar en la evasión del general Giraud de la ciudadela de Koenigstein. Sor Elena salió de Lyon con Sor Louise. que se le había unido, porque ella también era buscada por los nazis. Sor Louise, superiora de Sor Elena en el Hospicio de San Nicolas, fue siempre una superiora ejemplar para Sor Elena. En su existencia clandestina, ella representaba el papel de madre y Sor Elena el papel de hija. Madre e hija vivían bajo una identidad falsa: Madame y Mademoiselle Gharlier. Llegaron al Hospicio de Grex-Corbonod en Ain, escapando, por muy poco de la Gestapo. La Superiora del convento en el que estaban fue arrestada

en su lugar. Esta, retenida en prisión, no descubrió el nuevo escondite de Sor Elena y Sor Louise. Recomendadas por Monseigneur Piguet, llegan a Saint-Jean des Olliers a casa de las religiosas de San José. Roger Carabin, llamado por Boris Holban, después de mucho andar, de visitar ayuntamientos, diferentes parroquias de Auvergne, encontró por fin en Sait-Jen des Olliers un cartero que podía decirle con certeza si estas dos señoras residían en el pueblo. He aquí lo que nos aporta el señor Carabin de su conversación con el cartero.

“Desempeñando en esa época el trabajo de cartero, tenía que recorrer muchos kilómetros a pie para el servicio de la comunidad, las granjas y las poblaciones de los alrededores, por lo que hacía un importante uso y desgaste, además de zapatos, de calcetines. Mademoiselle Charlier, a la que veía, por así decir, a diario, tenía buen cuidado de suministrármelos, tricotándolos ella misma. Con frecuencia se la veía en los cercados prestando asistencia a los ancianos que tenían dificultad para moverse. Su entrega era total para todo el mundo. Además era bien visible por su gran estatura —la que no es frecuente en nuestra región— pero, sobre todo, por la voluntad y el coraje que mostraba para prestar servicio a quien lo necesitase, más aún, en esta época tan confusa. Era una suerte y un placer para nosotros el tenerla por vecina próxima”.

Madame y Mademoiselle Charlier para que se las viera lo menos posible, se alojaban a las afueras del pueblo, en un sencilla casa de retiro, en la que se encontraban algunos pensionistas. En caso de que bajase la policía o la Gestapo al edificio de la Congregación que en verano recibía a niños para colonias de vacaciones, situado a 300 metros de su casa, ellas podían ser prevenidas a tiempo, para escapar fácilmente. Pero allí, en Saint-Jean des Ollières, los días transcurrían en paz entre oraciones, meditaciones y obras de caridad. Estas dos señoras eran muy simpáticas para la población y un día el carnicero, que abastecía a la casa, vino a ver a Madame Charlier. Venía todo “endomingado” y pidió a Madame Charlier la mano de su hija, ¡su hija en matrimonio! Como ya hemos dicho, Sor Elena estaba muy guapa vestida de seglar, era muy alta, muy distinguida. El carnicero marchó muy decepcionado, porque la respuesta fue negativa. Comprendió, después de la guerra, por qué su petición había sido rehusada.

Con relación a su chofer y colaborador Othon Keller, fue detenido en 1942, interrogado y maltratado por la Gestapo. Fue golpeado a patadas, le reventaron un riñón, del que le quedó una cicatriz de 40 cms. Trasladado a la prisión de Maurice Barres, tuvo la suerte de ser curado por un joven aspirante alemán, que había hecho estudios de medicina. Lo enviaron a distintos campos de prisioneros y fue juzgado en Berlín. Estuvo en la cárcel dos años y medio hasta que los americanos lo liberaron el 10 de abril de 1945. Durante el tiempo de cárcel trabajó como electricista en la compañía Siemens, que fabricaba las

famosas bombas V2. Un alemán de buenos sentimientos, durante un año le dio en privado una bolsa con pan y algo de carne. Fue su salvador. Othon en 1947 fue felicitado en Metz por el general De Gaulle, quien le entregó un documento-testimonio de ser miembro de la Resistencia. Lo habían condenado a cadena perpetua. Él contaba que había perdonado a sus torturadores de la Gestapo y que cada día ofrecía sus sufrimientos físicos y morales a Dios y a la Virgen María.

CONCLUSIÓN

Sor Elena tuvo el mérito de haber creado una de las más importantes líneas de evasión de militares. Su hermano Joseph era intermediario entre Elena y el coronel Hauet. Por ello, todos los de su familia fueron denunciados por un traidor llamado Regnier.

Ciertamente que su espíritu de caridad no tenía límites y por encima de las prohibiciones de los alemanes, arriesgó su vida y la de sus familiares y hermanas de comunidad para salvar a miles de prisioneros, no solo de las prisiones, sino también de la muerte por hambre, frío o enfermedades. Ella y sus hermanas fueron los ángeles de muchos soldados, e incluso civiles, que estaban en las cárceles en condiciones inhumanas y de las que pudieron salir y agradecer a su gran bienhechora por sus buenas obras.

Ya hemos anotado que uno de los más importantes personajes a quienes salvó de la cárcel fue el futuro presidente de Francia, François Mitterrand. Por todo ello fue muy perseguida por la Gestapo. Arrestaron a su hermano Joseph, a su sobrino y a su chofer, a la Superiora general y a buen número de sus hermanas de comunidad.

Fue operada de cáncer de mama en el hospital de Clermont y tuvo que volverse a operar por segunda vez sin éxito. Sus últimos días fueron de mucho sufrimiento por la enfermedad. Dios la estaba purificando para poder llevarla al cielo y premiarla por sus grandes méritos adquiridos. El 18 de noviembre de 1944 el general Giraud le impuso él mismo sobre su corazón la Cruz de caballero de la orden de la Legión de honor, la cruz de guerra con palma y le dio un abrazo de agradecimiento en nombre de Francia. Murió el 3 de diciembre de 1944. Su ataúd fue envuelto con la bandera francesa y fue llevado al cementerio con honores militares. Después de la guerra, cuando hablaban de ella, le decían entre otros nombres: La providencia de los evadidos, la protectora de los soldados franceses, la pasadora de la libertad, la santa de los prisioneros.

Los historiadores hablan de que salvó un total de más de dos mil prisioneros.